

## La traducción: posibilidades y límites

1. No tiene sentido, desde un punto de vista científico, plantear el problema de las ventajas o inconvenientes de la pluralidad de lenguas. La diversidad de lenguas es, a lo largo de toda la historia humana, una realidad permanente, lo mismo que la diversidad de usos, costumbres, religiones, culturas. El lenguaje, un lenguaje determinado, es adquirido de un modo natural del ambiente en que cada persona nace y vive. En condiciones normales, es imposible no adquirirlo, como es imposible no poseer un conjunto de hábitos y prácticas sociales. Dentro del medio en que fue tomado, esta lengua es un precioso sistema de comunicación con los demás, el más perfecto, el más sutil medio de comunicación interhumana. Con él se puede expresar lo banal y lo profundo, lo muy sabido o lo que alguien descubre por vez primera. Es asombroso observar la infinidad de matices presentes en el mensaje lingüístico. El oyente es capaz de detectar los más mínimos detalles, incluso aquellos de los que el hablante puede no tener conciencia plena. Pero, a medida que el hablante se aleja del ambiente originario, la capacidad de su lenguaje como instrumento de comunicación disminuye, pudiendo prácticamente llegar a ser nula. Esta situación límite indica la presencia de otro sistema lingüístico. La lengua es, por tanto, un medio de comunicación entre los hombres; pero la pluralidad de lenguas aísla, se presenta como un obstáculo para la relación interhumana. De estas situaciones incómodas, surge el vago deseo de una lengua única, universal. El volapük,

el esperanto son manifestaciones concretas de este anhelo irrealizable. Pero la simple constatación de que lenguaje humano siempre ha significado conjunto de lenguas constituye por sí sola una prueba evidente de que la pluralidad está en las raíces mismas de la palabra humana.

2. Sólo existe un remedio para romper la incomunicación en un medio lingüístico extraño: aprender una segunda lengua. El proceso para llegar a ella presenta ciertas particularidades en relación con el seguido para el dominio de la lengua materna. Un ya mayor o pleno desarrollo psíquico puede parecer una ventaja: el aprendizaje es más consciente; pero la posesión profunda de una primera lengua es un obstáculo grave. El niño intuye el sentido de las palabras por el contexto en que son pronunciadas. En el adulto que se encuentra en un medio lingüístico extraño, esta situación se complica porque se interponen los símbolos de su primera lengua. De modo que, inicialmente, para él comprender es «traducir», verter a otro código. Lo que se llama «pensar en una lengua» es simplemente usar de un modo automático los símbolos correspondientes a los conceptos. Se dice que se piensa en una segunda lengua cuando ésta es usada de un modo automático, cuando se ha eliminado la fase previa de la «traducción mental».

El futuro de esta segunda lengua en cada hablante puede ser muy diverso. La multiplicidad de situaciones sociales en las que el hombre puede encontrarse tendrá repercusión en el destino de las lenguas que posee. La segunda puede incluso imponerse a la primera, aunque ésta permanezca en estado latente con capacidad de ser comprendida o hablada tras un período de reaprendizaje. Ambas pueden coexistir para distintos usos o para los mismos, pero adaptadas a otros interlocutores. Pero nunca se mantienen rigurosamente separadas. Los fenómenos de interferencias entre ellas son inevitables. No están tampoco en situación de plena igualdad. Según los momentos o los temas de que se hable, una de ellas será sentida como la más auténtica, la más íntima, la más expresiva, la que refleja con más fidelidad el sentir o pensar de aquella hora.

3. Es en esta situación real de bilingüismo o de plurilingüismo, de uso o comprensión simultánea de varias lenguas por una misma persona, donde se da de un modo natural y frecuente la traducción, el paso de un mensaje de un sistema lingüístico a otro. El bilingüe es, pues, un traductor, un intérprete nato. Está constantemente pasando, mental y oralmente, de una lengua a otra.

Por otra parte, el intérprete ha surgido como una necesidad para superar las dificultades inherentes a la diversidad de lenguas. Las urgencias de comunicación por motivos políticos, económicos, culturales, entre pueblos de distintas hablas han sido parcialmente satisfechas gracias a ciertas personas con capacidad de comprender y expresarse a la vez en varios idiomas.

Pero las versiones o traducciones orales o escritas dejan con frecuencia la sensación de ser algo imperfecto, aproximado. Queda siempre como un sentimiento de insatisfacción, como si no hubiese la posibilidad de llegar a una versión que reprodujese exactamente el sentido originario. Lo más profundo, lo más sutil parece escaparse en el tránsito al otro sistema. Hay palabras, giros, que se consideran específicos de cada lengua; son, se dice con frecuencia, «intraducibles». Este como súbito escabullirse del sentido original se manifiesta bien en el adagio italiano «traduttore, traditore». Entre las dos palabras hay una similitud semántica ('el que da o entrega') que se corresponde con una casi coincidencia fónica. Pero la sustitución de /utt/ por /it/ origina un salto brusco en el sentido: 'el que da, entrega' a 'el que entrega, traiciona'.

4. En las páginas que siguen se pretende mostrar: a) el por qué la traducción es posible; b) el origen de la insatisfacción que produce; c) la causa de los grados de dificultad al traducir; d) el influjo de la traducción en el enriquecimiento del hombre y de sus lenguas.

Estas reflexiones han surgido inicialmente de la lectura comentada a lo largo de varias sesiones de clase del ensayo de Ortega, «Miseria y esplendor de la traducción»; y más tarde, de la obra de Mounin, *Los problemas teóricos de la traduc-*

ción. También se ha tenido en cuenta, entre otros, el breve pero sustancioso ensayo de Jakobson sobre el mismo tema, contenido en *Ensayos de lingüística general*.

Tanto Ortega como Mounin plantean el problema de la traducción en términos quizá excesivamente «dramáticos». Comienzan destacando la imposibilidad radical de una traducción fiel; y, al final, hacen referencia a cómo puede vencerse en la realidad. El título orteguiano, «miseria y esplendor», muestra bien esta antítesis, aunque, si se tiene en cuenta el contenido real de su ensayo, «miseria» podría bien sustituirse por «imposibilidad», y «esplendor» por «remedios». Mounin expone prolijamente algunas teorías de la lingüística moderna, desde las cuales el acto de traducir no sería posible. En el capítulo final, se corrige la rigidez de algunas de las afirmaciones anteriores. Se afirma, entonces, que se puede traducir por acercamiento a una situación, aunque siempre dentro de ciertos límites.

5. La realidad del traducir tiene su explicación en la naturaleza de las lenguas naturales. Estas no surgen de un contrato social previo. Son adquiridas individualmente por cada hablante del medio en que se encuentra. El sentido y conexión de las unidades lingüísticas es deducido progresivamente de las situaciones en que aparecen usadas. Ahora bien, como un mismo signo puede ofrecer sentidos variables según las personas que lo empleen y según las circunstancias en que aparezca usado, el valor del mismo no tiene para el hablante un contorno preciso. Constituye una clase, resultante de la agregación de las interpretaciones sucesivas. El carácter abierto del signo es el rasgo más diferenciador de las lenguas naturales, frente a las llamadas lenguas artificiales, en las que cada unidad está perfectamente delimitada, definida, y, por lo tanto, cerrada, inmodificable. Esta peculiaridad del lenguaje humano deriva, pues, de las condiciones en que inevitablemente es adquirido. Los signos lingüísticos son clases abiertas. Sólo se cierran cuando se cierra la vida de la persona. Las lenguas muertas, es decir, las que no se hablan, son las únicas en las que podemos describir los miembros que integran una clase. Las nuevas experiencias de cada persona pue-

den ampliar o reducir la amplitud del campo semántico de las unidades lingüísticas. Aquí reside el carácter creador del lenguaje. Mediante él se puede expresar todo, todo lo que es sentido o pensado. El hablante altera la lengua, la modifica aún sin proponérselo, porque ésta fue adquirida en estado de fluctuación, de variabilidad en relación con las situaciones

Para el niño que ve a su madre y a las madres de otros niños dedicadas a las faenas domésticas, uno de los rasgos nucleares del concepto «madre» es el de 'dedicaciones de la casa'. Por eso, cuando en su presencia se habla de un hombre que en el ambiente de una familia es el encargado de cocinar, dice con sorpresa: «¿Cómo hace la comida? ¿Es que es *madre*?». Experiencias semejantes a ésta le harán ver que el rasgo de 'cocinar' no es básico, pertinente en la palabra «madre». Del mismo modo, «letras» son para él las letras que ha de conocer para leer y escribir. Cuando pregunta por su hermano mayor, y se le dice que está estudiando «Letras» en la Universidad, exclama también un poco admirado: «¡Entonces, como yo!».

Naturalmente, no todo es variable en la lengua. Si así fuera, la comunicación no sería posible. Existen en los dos planos, en el de la expresión y en el del contenido, unidades (fonemas, morfemas) que a causa de su reiteración terminan fijándose de un modo semejante en todos los miembros de la comunidad. Constituyen como el cauce por donde fluye la masa variable de las hablas individuales.

Es en el campo del léxico donde mejor se advierte el carácter abierto de la lengua. El vocabulario de una persona nunca se estabiliza de un modo total. Corre paralelo a sus actividades, a su mundo psíquico, mental o afectivo. Se adquieren nuevas palabras, se olvidan otras, algunas alteran su contenido o son empleadas con mayor o menor frecuencia. No obstante, aún en el léxico hay una gran masa de elementos estables. La estabilidad lingüística refleja en parte la estabilidad de usos, de costumbres, de creencias, lo mismo en el plano individual que en el social. La expresión repetida, consabida, el «siempre me dices lo mismo» son muestra de ruti-

na, de vida inauténtica. Los períodos de actividad verdadera de un pueblo o de un individuo traen consigo la renovación profunda de su lengua.

6. Las hablas individuales tienden a uniformarse en el ambiente familiar, local o regional. Surgen de este modo los dialectos o estilos dentro de una misma lengua. Es bien sabido que lo que llamamos lengua española o lengua francesa es una abstracción, que se corresponde a una variedad de lenguas en el espacio y en el tiempo con ciertos caracteres comunes. A nivel de grupo humano, puede advertirse la misma realidad observable a nivel individual: alteración de la lengua, que se adapta a las necesidades, ocupaciones y preocupaciones de las gentes de una comunidad. Es en el vocabulario donde las diferencias entre dialectos o estilos de lengua son más «visibles». Se habla con frecuencia de lenguas «ricas» frente a otras «pobres». Pero esto parece muy discutible. En primer lugar, esta riqueza puede residir en una lengua como producto histórico, compuesta por muchas variedades que la mayoría de los hablantes de hoy no conocen más que de un modo parcial. Esta supuesta riqueza no existe para ellos, puesto que no la usan. En segundo lugar, limitándonos a un habla o dialecto en concreto, podemos decir que es rico en el campo de las actividades a las que se dedican sus hablantes; y pobre, por lo menos hasta el momento, para lo que no le ha interesado. El pampero argentino vio la vegetación en función del alimento del ganado. El reducido número de nombres para designar la inmensa variedad de plantas es una consecuencia de ello. Son, en cambio, numerosos los nombres dados al caballo, porque en torno a él ha girado la vida del hombre de la Pampa. Algo semejante a lo que Amado Alonso ha visto, y descrito tan magistralmente, en el habla del gaucho, podría observarse en las variedades dialectales, sociales o locales, de cualquier lengua.

7. La no coincidencia exacta de las hablas individuales es resultado de la unicidad de la experiencia personal, desde la cual se interpretan y se adquieren los signos lingüísticos de una comunidad. De esta multiplicidad de mundos psíquicos de las personas y de su reflejo en la lengua que se usa

proviene las dificultades de entenderse en el mismo idioma. Cuando se dice «no podemos entendernos, hablamos distinto lenguaje», estamos aludiendo a distintos modos de pensar, de enfocar la vida que se traducen en los diversos sentidos que una «misma» palabra puede tener. La comprensión entre los hablantes nunca es directa e inmediata, porque los signos que se manejan no se corresponden con exactitud. Lo que se da realmente en el coloquio es un acercamiento, una aproximación, hasta que se produce el salto al sentido. El «ya caigo», «vale», «de acuerdo», «ni una palabra más» son modos de indicar que se ha captado el contenido del mensaje. Los grados de dificultad para entenderse dentro de una misma lengua están en relación con las personalidades de los hablantes y de los asuntos que se pretenda comunicar. La afinidad de dedicaciones, de gustos, de creencias, favorece naturalmente la comprensión. En ambientes familiares o amistosos, con muchos años de convivencia *pacífica*, la compenetración entre sus componentes puede ser tan grande que la conversación entre ellos puede parecer a los que la oyen un monólogo; sus palabras son como reflejo de una experiencia única. En otros casos, por el contrario, la interpretación puede ofrecer grandes dificultades. Por eso el propio hablante se ve obligado a reformular su pensamiento en otras palabras, para acercarlo a la lengua del interlocutor. Al dar explicaciones a nuestras propias palabras, al expresarnos de un modo más sencillo, más preciso, más rotundo o con más detalles, tenemos la intuición de la diversidad de lenguas individuales, y también de la capacidad de emplearlas en cierta medida. La lengua es siempre rica. El mismo mensaje puede ser formulado de modos distintos según la situación o según la persona a quien nos dirigimos. El recurso a la fábula, a la parábola, al refrán no son más que medios para que el oyente salte a la intuición que el hablante pretende transmitir.

8. En la variedad de situaciones humanas a nivel individual o de grupo está el origen de la variedad de lenguas, o de dialectos o estilos dentro de lo que se llama una lengua. Las necesidades de autoexpresión alteran la lengua. Las exigencias de la intercomunicación la uniforman. El lenguaje, decíamos

antes, no supone un contrato previo; pero puede considerarse como contrato tácito: la palabra oída, desde el momento en que la hemos comprendido, pasa a ser nuestra tanto como de quien la ha pronunciado. Como ha dicho Jakobson, «la propiedad privada, en el dominio del lenguaje, no existe». Ahora bien, como la innovación y la uniformación se están produciendo constantemente dentro de cada grupo, pero en direcciones opuestas de acuerdo con las particularidades de la vida en cada uno de ellos, es natural que termine produciéndose un alejamiento en los medios expresivos, si las condiciones históricas han favorecido la incomunicación. La naturaleza del lenguaje humano, sistema abierto, instrumento de autoexpresión y de comunicación, en el que la innovación individual al ser entendida pasa a colectiva, explica el por qué la torre de Babel es tan antigua como el *homo loquens*. Por eso, decíamos al comienzo, es ocioso discutir sobre las ventajas o los inconvenientes de una o varias lenguas.

9. Pero el hombre puede aprender una segunda lengua, y, desde esta situación de bilingüismo, pasar el mensaje de un sistema a otro. Las dificultades de una traducción fiel podríamos resumirlas en los siguientes puntos (nos referimos especialmente a las dificultades apuntadas por Ortega y por Mounin):

a) Una lengua es un sistema, un conjunto de unidades en relación mutua. No es posible traducir palabras, porque éstas sólo tienen sentido dentro de un sistema. La lengua no es una nomenclatura, como cree el hombre ingenuo y los diccionarios bilingües parecen indicar.

b) Cada sistema lingüístico supone una visión del mundo, un peculiar análisis de la experiencia humana. Hablar una lengua es pensar de cierto modo, es ver el mundo a través de una cuadrícula especial.

De estos supuestos, considerados casi como un dogma de la lingüística moderna, se deducen los siguientes corolarios:

1.º) No hay correspondencia exacta entre dos lenguas. Representan modos distintos de ver el mundo, y, como tales



sistemas, son impenetrables. Por ello, no es posible traducir. Lo que se llama traducción es en realidad una traición, un falseamiento del original. El hecho de traducir parece estar en contradicción con los postulados de la lingüística moderna. Como dice Mounin, «casi se podría decir que la existencia de la traducción constituye el escándalo de la lingüística contemporánea» (pág. 8).

2.º) La lengua no evoluciona paralelamente al pensamiento. Por esto resulta a menudo un instrumento anacrónico. Está llena de fósiles lingüísticos. Al hablar, dice Ortega, somos rehenes del pasado. Parece así que la lengua, medio de comunicación, puede ser también un obstáculo. Cada lengua dice unas cosas, pero silencia otras (Ortega). En relación con esto, se habla de lenguas especializadas para el pensamiento, porque son más claras, más precisas; otras, en cambio, serían más aptas para la poesía...

10. A estas afirmaciones se podría objetar:

a) El que la palabra esté en conexión con otras no se opone a que posea por sí sola un valor. En la adquisición natural de la lengua por el hablante, niño o adulto, la significación de cada palabra es intuída directamente de un contexto y es referida a un concepto o cosa determinada. El vocablo recién adquirido tiene, pues, sentido por sí, aunque luego se precise al entrar en asociaciones con otros similares u opuestos. Hay como un bautismo, un dar nombre ante algo concreto. «Y esto, ¿qué es?», preguntamos ante algo cuya denominación ignoramos. El nombre que nos dan como respuesta pasa a ser para nosotros el signo natural del concepto. Otras veces es inventado dentro de los recursos que la propia lengua ofrece, y en conexión con otros signos. La designación de «La Siberia» para el «aula de dibujo» fue el resultado de un bautismo espontáneo de algún alumno para aquella clase grande y fría, quizás en un día crudo de invierno y sin calefacción. La innovación individual pasó al habla de todos porque se sentía cargada de expresividad.

No es, por lo tanto, totalmente absurda la concepción de una lengua como una nomenclatura. En parte, sí lo es, y la

adquisición de nuevas palabras lo confirma. El diccionario bilingüe, al definir una voz de una lengua por la de otro en otro sistema lingüístico, sigue en esencia el mismo proceso del que aprende una lengua extranjera. En muchos casos, sí es posible una traducción literal, palabra a palabra. Estas pueden no coincidir en su red de asociaciones, pero tampoco esto ocurre dentro de las hablas individuales. El concepto 'nieve' no puede significar lo mismo para un niño de la alta montaña que para otro que sólo la conoce de oídas; pero ello no se opone a que se entiendan perfectamente cuando mencionen la palabra «nieve». Los diccionarios dan justamente lo que pueden dar: un conjunto de equivalencias aproximadas, que más tarde el uso en múltiples contextos perfilará.

b) Las lenguas no son propiamente visiones del mundo. Son las sucesivas visiones del mundo las que aparecen reflejadas en la lengua que usamos. Pero éstas sólo existen para el lingüista, para el historiador de la lengua. Para el hablante, las palabras poseen en este momento un valor en función de su capacidad expresiva o comunicativa. Bajo este prisma, que es el de la lengua viva y coleando, no hay arcaísmos, extranjerismos o neologismos. El uso las sitúa todas en el mismo rango. Hablar una lengua no es pensar de cierto modo y no poder pensar de otro. Esta es otra falsa impresión, resultante de contemplar el idioma desde fuera. Dentro de una misma lengua los modos de pensar han sido muy variados sin que sustancialmente ésta se modifique.

Por todo ello, podemos afirmar:

1.º) La no correspondencia total entre dos sistemas lingüísticos no impide la versión de un texto de una a otra, como la divergencia entre hablas individuales no es obstáculo para entenderse dentro de una lengua. Hay en ambos casos una fase común: el salto a la comprensión del mensaje, la intuición de lo que el hablante pretende comunicar. Una vez logrado esto, la lengua, sistema abierto, moldeable, con capacidad de innumerables formulaciones para un mismo contenido, posee recursos suficientes para reflejar lo expresado originariamente en otra lengua. Aparte de la multiplicidad de sen-

tidos latentes en toda palabra, el hablante puede crear nuevas unidades por derivación o composición. Algunos rasgos de la lengua de entrada pueden incorporarse parcialmente a la lengua de salida en forma de préstamos, calcos, pseudomorfosis. El extranjerismo, cuando corresponde a un concepto nuevo, es sentido como un signo natural del mismo. La incorporación de los vocablos extranjeros dentro de un sistema está situada en la misma línea que la de los neologismos por derivación o composición. Las palabras emigran fácilmente de un idioma a otro, por mucha distancia que haya entre ellos. Y a través de ellas penetran también rasgos fónicos o morfológicos. Inicialmente, el extranjerismo puede ser sentido como elemento extraño, pero una vez adaptado pasa a la misma categoría que los vocablos considerados como autóctonos. Las transferencias constantes de léxico entre las lenguas con todas las consecuencias que de ello se originan es una muestra clara de la interpenetración de los sistemas lingüísticos. Cualquier lengua y en cualquier época se presenta al análisis del científico como un conglomerado de voces de diversas procedencias.

En el léxico está, como se sabe, el punto máximo de crecimiento de la lengua, la flecha de la evolución. El hablante bilingüe mezcla inconscientemente en un sistema los vocablos de otro. El traductor puede, de vez en cuando, hacer esto mismo, aunque de un modo deliberado. Aquí tanto se puede pecar por carta de más como por carta de menos. Existe el *snob*, el pedante, el que deslumbrado por la lengua recién adquirida y quizá imperfectamente conocida, olvida o pretende olvidar las equivalencias naturales entre las dos lenguas. Pero se da también el purista, el que ve extranjerismos por todas partes. Habla para combatirlos del genio de la lengua, ignorando que este «genio» no existe a priori, que se va formando y transformando con el tiempo. Muchos vocablos considerados en una época casticismos fueron en otra sentidos como extranjerismos crudos.

2º) No es aceptable de ningún modo que la lengua sea un instrumento anacrónico, y que la existencia de los llamados fósiles lingüísticos cohiba la expresión del pensamiento. La

lengua se desarrolla paralelamente al pensamiento. El habla del niño difiere de la del adolescente, no en el sistema fonológico o gramatical, que en realidad apenas se alteran, pero sí en el vocabulario y parcialmente en el ordenamiento sintáctico. Los nuevos conocimientos, las nuevas creencias o sentimientos, todo tiene su correlato en el habla diaria. Los mismos vocablos pueden ser usados con otra frecuencia o con distinto énfasis. El sentido originario de una palabra y los derivados están presentes en la conciencia del que habla, y puede pasar de uno a otro, cuando las circunstancias lo exijan. Cuando Argensola dice «ese cielo azul que todos vemos ni es cielo ni es azul», está ahondando en lo que él siente como significado primario de «cielo» y de «azul». El vocabulario de una persona se altera si pasa de la angustia al placer, de la duda a la certeza, de la ironía a la seriedad. No somos al hablar rehenes del pasado, como decía Ortega, ni en la lengua hay varias metafísicas yuxtapuestas como piensa Mounin. Nuestras expresiones pueden coincidir con las de nuestros antepasados, pero pueden estar cargadas de otro sentido. El hablante no es prisionero del pasado porque lo ignora, y sólo conoce intuitivamente una metafísica que es la que resulta del uso vivo de la lengua. El decir «el sol sale» no implica que viva prisionero de una visión geocéntrica. Es simplemente un modo de indicar la presencia del sol al comienzo del día. Todos sabemos que el sol está siempre en el cielo, aunque no lo veamos. No obstante podemos decir «volvemos a casa cuando el sol esté aún en el cielo»; pero nuestro interlocutor, si está malhumorado o con ganas de «pelea», puede responder: «en el cielo está siempre». El que dice «me afeitó» no se expresa de un modo más arcaico o impropio que el que dice «me rasuro», porque no emplea «afeitar» en el sentido primero de 'darse afeites'. Esto sólo lo sabe el que consulta un diccionario etimológico. Eso es historia, y con agua pasada no muele el molino.

La lengua no cohibe la libre expresión del pensamiento, sino que la hace posible. Sin lenguaje el hombre nunca habría llegado al pensamiento profundo y sutil, como el pez no podría sin el agua sumergirse en las profundidades del océa-

no, ni el pájaro sin el aire elevarse a las alturas. Una lengua es rica en palabras que designan conceptos abstractos cuando los hombres que la hablaron sintieron preocupación por los problemas metafísicos. No tiene sentido hablar de la pobreza o imprecisión de la lengua. Estas deficiencias residen en el pensamiento de quien las habla. No tiene razón Unamuno al hablar de la pobreza de la lengua castellana para lo espiritual y abstracto, «una lengua de conquistadores y teólogos dogmatizantes hecha para mandar y para afirmar autoritariamente». Si España fue en algún tiempo un país dedicado con pasión a la conquista y a la teología, es lógico que estas ocupaciones hayan dejado huella en el castellano. Pero esto no le cohibe lo más mínimo para adaptarse al pensamiento moderno. La obra del mismo Unamuno es la mejor comprobación de esta capacidad del idioma para lo nuevo, cuando de verdad las gentes sienten en sí el hervor de las ideas. Los silencios de las lenguas de que habla Ortega reflejan una no dedicación a determinados menesteres. Pero si las nuevas generaciones sienten otras preocupaciones, su lengua se enriquecerá y cobrará nueva vida. Nuestros dos grandes pensadores modernos, Unamuno y Ortega, son un claro testimonio de que la lengua no cohibe la libre expresión del pensamiento. No somos prisioneros del pasado. En cada momento puede iniciarse una tradición en el pensamiento, en la conciencia, que enriquecerá la lengua de todos.

No obstante, se habla con frecuencia de la decadencia y pobreza de la lengua, de la necesidad de destruirla, de rehacerla. Estas palabras de escritores, o de críticos parten de un error, de un olvido. El lenguaje verdadero es el lenguaje oral, hablado. Este nunca es pobre, ni hay por tanto necesidad de destruirlo, porque constantemente se está destruyendo, es decir, haciéndose, acomodándose a las necesidades expresivas del hombre. Ahora bien, existe también el lenguaje escrito, que en principio sólo es una representación gráfica del oral. Las calidades de lo escrito son variables como lo son las manifestaciones del lenguaje hablado. Están en relación con las capacidades de quien escribe: escritor o *escribidor*. La palabra, al ser impresa, se

hace «visible», se estabiliza, adquiere más consistencia; y en el caso de la buena literatura, puede convertirse en un modelo de lenguaje, tanto para el uso oral como para el escrito. Esta imitación puede, en efecto, conducir a un lenguaje muerto, falso. No existe un lenguaje literario en abstracto, desligado de lo que se dice. No es posible o no tiene valor alguno la imitación «en frío». La riqueza de la lengua como producto histórico en los grandes escritores sólo existe para quien sea capaz de sentir o de pensar como ellos han sentido o pensado. El hombre que habla como un libro, lo hace de un modo inauténtico, porque no piensa en lo que dice sino en cómo va a decirlo, tiene presente un modelo. El libro que habla como un hombre está empleando un lenguaje que responde a su pensamiento, un trasunto del verdadero lenguaje. Por eso Unamuno contrapone con un juego de palabras el uno frente al otro: «prefiero un libro que hable como un hombre a un hombre que hable como un libro», y añade: «quiero sentir vibraciones de voz humana bajo las líneas, tan simétricas y ordenadas, de un impreso».

El lenguaje, por lo tanto, no decae ni se corrompe. Lo que sí decae, se corrompe, se empobrece o se falsifica es la literatura. Lo que periódicamente se siente necesidad de destruir o de olvidar es el lenguaje literario, la literatura hecha sobre literatura, alejada del manantial vivo del hablar diario.

11. No obstante, hay un hecho indudable: el sentimiento de insatisfacción, de infidelidad del texto traducido respecto al original. ¿Cuál es el origen de esta impresión que ha quedado tan bien formulada en el «traduttore, traditore»? La primera lengua no se siente como un sistema de signos arbitrarios. Las palabras dentro de ella son, para el hablante, símbolos naturales del concepto a que hacen referencia. Este carácter de no artificialidad es el resultado del proceso mismo de su adquisición y del automatismo del uso. El hablar es, en parte, un hábito que supone el paso de lo consciente a inconsciente. El estudio o la observación de otro medio puede llevarnos a una segunda lengua. Inicialmente, ésta será sentida como artificial, arbitraria. Las palabras en la lengua materna traen consigo un cúmulo de asociaciones, de connotaciones

que se reducen al cambiar a los significantes de la lengua extraña. Algo semejante ocurre dentro de los dialectos de una lengua con relación a la norma oficial. En la intimidad, con nuestros familiares o amigos, podemos sentir especial agrado en el empleo de voces propias de un área muy reducida, pero que nos traen resonancias únicas, imposibles en la norma oficial.

Poseer una segunda lengua es, se dice, poseer una segunda patria. Pero patria verdadera sólo hay una. No obstante, ya hemos aludido a situaciones de bilingüismo, y, en cierto modo, si se tiene en cuenta la variedad de dialectos o estilos de lengua dentro de un mismo lugar, un cierto grado de bilingüismo o plurilingüismo constituye la verdadera realidad del hablar en cualquier lengua. Pongamos un ejemplo. El gallego está profundamente arraigado como habla viva en todos los estratos populares de la región, sean campesinos o ciudadanos. El castellano coexiste con él, como segunda lengua, entendida por todos y usada con más o menos perfección. Pero, aún en los que hablan castellano correcto porque lo aprendieron y lo usaron al mismo tiempo que el gallego, se da curiosamente un salto, un paso, diríamos mejor, de una lengua a otra dentro de una misma situación coloquial. La referencia viva a determinadas situaciones parece exigir como medio expresivo más adecuado la palabra castellana o la gallega. En este caso, las dos son lenguas maternas, símbolos naturales de los conceptos. Se pasa sin transición de un sistema a otro como si se tratase de dos dialectos o estilos dentro de una lengua. La situación o el tema determinan cuál de los dos se ha de usar. El mismo hablante que alterna en la conversación los dos idiomas, considera artificial la misa en gallego. Y para él así es, porque el castellano ha sido en estas tierras desde siglos el idioma de la liturgia.

La satisfacción de oír o de usar determinadas modalidades dialectales se torna molestia, desagrado o desconfianza cuando otra persona que se expresa habitualmente en otro estilo pretende imitar su dialecto. Se da cuenta de que para aquel hablante, ese modo de hablar es falso, artificial, no brota

como una exigencia de expresividad. Es una frivolidad, una postura que le molesta porque es como poner su intimidad al exterior, como algo ajeno.

12. El sentimiento de insatisfacción en las versiones de una lengua a otra surgen del orden y circunstancias en que fueron adquiridas. El traducir tiene sus dificultades, como las tiene la comprensión en un medio unilingüe. Pero dificultad no es imposibilidad. No puede perderse de vista el carácter de la traducción. La unicidad de la experiencia humana individual o de grupo humano más o menos amplio no supone ningún obstáculo invencible. Es más: porque existen estas vivencias únicas y sus reflejos en las hablas correspondientes, es porque surge la necesidad de una traducción. Esta no puede ser más de lo que es: un intento de aproximación, de interpretación del pensamiento ajeno, tomando como punto de apoyo las palabras.

El traducir exige fundamentalmente: a) conocimiento de los sistemas lingüísticos en el plano fónico y gramatical; b) familiarización con el tema, con el contenido del mensaje. Una lengua se compone, como ya se ha dicho, de estilos o sublenguas. Las peculiaridades de éstas se manifiestan de un modo especial en el vocabulario. El buen traductor ha de conocer la lengua y la sublengua correspondiente en cada caso. Sólo así podrán acercarse al pensamiento originario. Y una vez logrado esto, traducir, esto es, expresar lo mismo pero con otras palabras.

13. Las dificultades de traducir están en relación: a) con la naturaleza de las lenguas que entran en juego; b) con el contenido que se traduce; c) con el género literario.

Un mayor parentesco tipológico, resultado de un origen común o de una intercomunicación a través de los siglos facilita la traducción, del mismo modo que el alejamiento la dificulta. Las lenguas en contacto se interpenétran, se uniforman en ciertos aspectos; y pueden llegar a ser sentidas como dialectos dentro de una misma lengua.

Las lenguas humanas no ofrecen nunca una impenetrabili-



dad absoluta, por muy lejanas que se sientan. Las gentes terminan por entenderse e influirse mutuamente en sus hablas. El español y el árabe, el vasco y el latín difieren considerablemente entre sí; sin embargo, grandes masas de léxico han pasado de una lengua a otra. En estos casos, como es lógico, el proceso de adaptación es mayor; las palabras importadas quedan «irreconocibles», y no alteran en lo fundamental la estructura de la lengua de salida. Por el contrario, entre lenguas ya próximas el proceso de adaptación es menor, la semejanza entre el vocablo importado y el original puede ser muy «visible». Por todo ello, las estructuras son más fácilmente alterables, hasta el punto de que una lengua puede quedar absorbida en otra. Recordemos que el latín se impuso en el dominio de lenguas de la misma familia.

La posibilidad de traducción no es la misma de la lengua A a la B que viceversa. Las lenguas, como se ha repetido, no son en principio ricas ni pobres. En todas se puede decir todo. Pero históricamente una lengua o dialecto pudo quedar reducido a un uso regional, local, para un número limitado de actividades. En consecuencia no será posible traducir a esa lengua conceptos que en ella nunca fueron pensados, y para los que, de momento, no disponen de las palabras idóneas. De aquí procede la sensación de artificialidad, de falsedad, de algunas traducciones a ciertas lenguas o dialectos. En cambio, las llamadas lenguas de cultura incluyen numerosas sublenguas, en relación con las distintas materias a las que han dedicado su actividad los hablantes de las mismas. En este sentido, son, por el momento, ricas, y poseen más capacidad para verter a ellas lo dicha en otras.

La distancia entre lenguas suele ir pareja con las peculiaridades de las civilizaciones. El acercamiento a culturas actuales, pero exóticas para el hombre occidental, coloca a éste en situación favorable para interpretar mejor lo dicho en aquellas lenguas. La etnografía moderna, al enriquecer las lenguas de cultura con la descripción del modo de vivir de pueblos lejanos, facilita la traducción a ellas de lo que originariamente se pensó en otras. En la misma línea está la filología que, como dice Mounin, puede considerarse como la etnografía

del pasado. El ahondamiento en la historia y en la cultura de los pueblos antiguos hace más fácil la comprensión del mensaje contenido en sus textos.

14. La dificultad está finalmente en relación con el género literario o con el grado de tensión con que la lengua es empleada. Las llamadas obras didácticas son más fáciles de traducir por dos motivos:

a) Porque la lengua tiene en ellas menor tensión, lo que podríamos llamar grado neutro o cero; las palabras son usadas con el significado nuclear o básico; en la transmisión del mensaje predomina lo que llama Jakobson la función referencial. El mismo grado cero presentan las comunicaciones triviales, con los que suele iniciarse el aprendizaje de una segunda lengua, tales como «el lápiz es negro», «el libro está sobre la mesa». Aquí la dificultad de traducir es nula, porque de estos mensajes está ausente la capacidad creadora esencial al lenguaje humano. M. Jourdain se admiraba de que se calificase de «prosa» la frase «Nicole, tráeme las zapatillas». Lo que le sorprendía quizá es que se clasificase como género literario estas expresiones en el grado mínimo de creatividad lingüística.

b) Porque existe a menudo para este tipo de obras un lenguaje técnico, que es ya una traducción de la lengua general. Ciertas palabras poseen un sentido unívoco. Se intenta con ello lograr precisión, rigor en la expresión del pensamiento. Es un error creer que estos lenguajes son más perfectos que los naturales. Son útiles como instrumento de investigación. Pero el carácter abierto, creador de las lenguas naturales, en las que se puede decir todo lo que se piensa o se siente, es el gran vehículo de progreso humano. Las palabras de los lenguajes técnicos se traducen con facilidad, porque poseen estrictamente, mondo y lirondo, el grado cero. No obstante, cuando las obras didácticas reproducen situaciones vivas, tal como ocurre en los Diálogos de Platón, las dificultades de traducir son naturalmente las mismas que en otros géneros literarios.

15. Es en poesía donde las dificultades de traducir son

mayores. Las causas están en la naturaleza misma del contenido poético y en las formas peculiares de expresarlo. Un buen poema supone en principio una intuición especial del mundo, una visión única y profunda de la realidad. Esta representación del poeta puede también ser comunicada a los demás. Pero al tratarse de algo no trivial, no mostrenco, requiere someter el lenguaje a un grado máximo de tensión, de creatividad. A través de este lenguaje revitalizado, tenso hasta el límite máximo de la inteligibilidad, puede el lector u oyente saltar a la vivencia desconocida hasta ahora, pero entrevista por el poeta. La capacidad evocadora del lenguaje poético reside no sólo en extraer connotaciones particulares de las denotaciones comunes, sino en ahondar en el simbolismo de todos los medios de expresión. Las palabras, los sonidos, su contraste, su orden, todo se convierte en un instrumento al servicio de la expresividad. La unicidad de la representación intuitiva por el poeta puede, gracias a estos medios, llegar a los demás. El lenguaje poético, entendido de este modo, no es exclusivo de la poesía ni puede considerarse como una desviación del lenguaje normal, como equivocadamente afirma J. Cohen. La desviación está en la base misma de la palabra humana. Este es el sentido que puede darse a la afirmación de Ortega de que «hablar es hacer erosiones a la gramática» o de la de Unamuno cuando dice que «las lenguas como las religiones viven de herejías; el heterodoxismo es la fuente de la vida». El chiste, el refrán, han surgido como expresiones límites, a nivel de palabra poética. El humor, la pena, la desesperación, cualquier estado de ánimo tenso puede exigir la alteración del lenguaje a nivel de poesía. La poesía no es lenguaje más bello, sino más exacto. «Ha marchado la alegría de la casa», dice con mucha más precisión, para quien así se expresa, la ausencia de un ser querido que si lo sustituyese por «se ha marchado mi querido hijo».

Si poesía es lenguaje en el grado máximo de expresividad de lo individual, se comprende la dificultad de que los demás lleguen a ella. Por eso, el chiste, el refrán, la frase profunda o sugeridora, fuera de su contexto, pueden parecer descoloridos o ser un despropósito. De aquí la multiplicidad de sentidos

que un poema puede despertar. Al traducirla, se añade la dificultad de encontrar signos que reflejen el simbolismo profundo de las palabras y de los sonidos y de su orden y contraste en la cadena hablada. El sentimiento de no arbitrariedad que poseen las palabras de la lengua materna es aquí más patente aún. Pero todo esto no implica, como hemos repetido ya muchas veces, intraductibilidad. Traducir no es llegar a la lengua del autor, sino a su pensamiento. La traducción del «Quijote» no puede ser otro «Quijote». Una obra literaria es única, como lo es la expresión de un mensaje individual. El límite de la traducción es tener un modelo, al que cabe acercarse en grado infinito, pero no alcanzarlo. Este carácter no determina que se trate de una faena utópica. La traducción es precisamente esto: verter a otra lengua lo que inicialmente se pensó y se dijo o escribió en otra. Postular una fidelidad absoluta es pedir peras al olmo, es esperar algo que va «contra natura traductionis». La imagen que el espejo refleja no puede ser más que eso: imagen. La posibilidad de traducciones diversas de una obra no van contra la legitimidad de la versión, como las diversas interpretaciones de un mensaje oral o escrito en un medio unilingüe no conduce a la negación de intercomunicación.

16. En vez de «misericordia y esplendor», deberíamos hablar de «posibilidad y grandeza» de la traducción. Esta es posible:

a) Porque es posible la intercomunicación de experiencias parcialmente únicas y en hablas no del todo coincidentes dentro de los que hablan una lengua o dialecto. La traducción es la superación del grado máximo de alejamiento entre la lengua humana. Comprender un mensaje en cualquiera de los casos es siempre un proceso de acercamiento.

b) Porque el hombre que ha adquirido una primera lengua, puede adquirir otras. Y en estas condiciones, es capaz de expresar un mismo mensaje en varios sistemas lingüísticos. Hay grados de dificultad, pero estos nunca son radicales o insalvables.

La traducción no es una rama de la lingüística. Pero el hecho de traducir se explica perfectamente desde una teoría

justa de la lengua. La traducción es una técnica, que exige: a) comprensión del mensaje; b) versión del mismo en otro sistema lingüístico. Ello requiere, como ya se ha dicho, conocimiento de las dos lenguas en lo fónico y gramatical, y familiarización con el tema del texto. (No basta, o quizás sobre, el manejo del diccionario. Todo lo demás se dará por añadidura).

La traducción no es un género literario especial. Se puede traducir con más o menos fidelidad, pero el traductor, en cuanto tal, no es un escritor, ni menos el escritor. Cuanto mejor lo haga, más nos acerca al mensaje primero, más pone en primer plano a quien traduce. Su misión es forzosamente subalterna, intermediaria. Sería absurdo que el traductor se propusiese superar el original. Esto sería una suplantación, un falseamiento.

Pero, si el traductor ha de estar forzosamente en la sombra, su misión es grandiosa. Representa la varita mágica que supera las aparentes desventajas de la pluralidad de lenguas sin anularlas. La diversidad de lenguas es una consecuencia de la unicidad de cada hombre y de cada grupo humano. Las infinitas actividades del hombre histórico han dejado huella y han ido perfilando sus lenguajes. De este modo, el conjunto de lenguas o dialectos, vivos o muertos, son el mejor testimonio de las realizaciones logradas por los seres humanos. Pues bien, gracias a la traducción, un hombre de cualquier país, de cualquier lengua puede pensar, imaginar, vivir sin salir de su lengua lo que otros hombres han pensado, vivido o imaginado en la suya; es decir, puede ampliar su experiencia, puede ser más plenamente hombre. La torre de babel está en el origen mismo del lenguaje humano. Pero no ha supuesto ningún inconveniente para la humanidad, porque paralelamente ha existido la traducción.